



Jue
22
Ene
2015

Evangelio del día

Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Vicente (22 de Enero)

“Había curado a muchos”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 7,25–8,6:

Hermanos:

Jesús puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos. Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo.

Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre.

Esto es lo principal de todo el discurso: Tenemos un sumo sacerdote que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos, y es ministro del Santuario y de la Tienda verdadera, construida por el Señor y no por un hombre.

En efecto, todo sumo sacerdote está puesto para ofrecer dones y sacrificios; de ahí la necesidad de que también Jesús tenga algo que ofrecer.

Ahora bien, si estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo otros que ofrecen los dones según la ley.

Estos sacerdotes están al servicio de una figura y sombra de lo celeste, según el oráculo que recibió Moisés cuando iba a construir la Tienda:

«Mira», le dijo Dios, «te ajustarás al modelo que te fue mostrado en la montaña».

Mas ahora a Cristo le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la que es mediador: una alianza basada en promesas mejores.

Salmo

Sal 39,7-8a.8b-9.10.17 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R/.

«—Como está escrito en mi libro—
para hacer tu voluntad.»
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, tú lo sabes. R/.

Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»
los que desean tu salvación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3,7-12

En aquel tiempo, Jesús se retiró con sus discípulos a la orilla del mar y lo siguió una gran muchedumbre de Galilea.

Al enterarse de las cosas que hacía, acudía mucha gente de Judea, Jerusalén, Idumea, Transjordania y cercanías de Tiro y Sidón.

Encargó a sus discípulos que le tuviesen preparada una barca, no lo fuera a estrujar el gentío.

Como había curado a muchos, todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo.

Los espíritus inmundos, cuando lo veían, se postraban ante él y gritaban:

«Tú eres el Hijo de Dios».

Pero él les prohibía severamente que lo diesen a conocer.

Reflexión del Evangelio de hoy

“ Se ofreció a sí mismo”

La carta a los Hebreos, como estamos viendo a lo largo de estos días a través de su lectura continuada, nos ayuda a profundizar en el misterio de Cristo desde una clave fundamental que atraviesa todo el texto: Jesucristo es el único y verdadero sacerdote.

Pero ¿De qué sacerdocio se nos habla? ¿Qué tiene de peculiar este sacerdocio de Cristo?

No se nos habla, desde luego, del sacerdocio que se ejercía en el Antiguo Testamento y para que podamos tomar conciencia de la novedad que trae el sacerdocio de Cristo, el autor de la carta va introduciendo una serie de contraposiciones, recogiendo las distintas categorías propias del culto sacerdotal veterotestamentario y dotándolas de un nuevo significado:

Frente al culto sacerdotal imperfecto, basado en la ofrenda de holocaustos y sacrificios, a través de dones que no pueden salvar; ejercido diariamente por hombres pecadores, que tienen que ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados y después por los del pueblo, la carta nos muestra cuál es el culto perfecto: El de aquel que es santo, inocente, sin mancha; que no necesita ofrecer sacrificios cada día porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo y que por ello, nos ha acercado a Dios y, intercediendo para siempre por nosotros, nos ha abierto el camino de la salvación.

Esta es la “llave”, la puerta de acceso al “Santuario”, a la comunión con el Padre : no la realización de un rito, sino el acto de amor en obediencia del Hijo, tal como se expresa en el salmo 39 que leeremos este día:

*Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y en cambio me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: “Aquí estoy.”*

*Como está escrito en mi libro:
“para hacer tu voluntad.”
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en mis entrañas.*

“Todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo”

La actividad evangelizadora de Jesús despierta la atracción de la gente. Eran muchos los que le buscaban y acudían a él, como nos dice hoy el Evangelio, de numerosos lugares. Aunque se retirara a algún lugar para descansar o para estar con los suyos, era lo mismo, la gente lo seguía. Y con razón: sabían que había curado a muchos y veían en él una esperanza para sus vidas, muchas veces cargadas de dolor y sufrimiento. Aunque sólo fuera tocarlo...

Dice el Evangelio que hasta los espíritus inmundos se postraban ante él; aquellos que esclavizaban y esclavizan interiormente a las personas, que, con distintos nombres, nos hacen sentir muchas veces impotencia ante un mal que nos oprime desde dentro y desde fuera. El poder de Jesús sobre estos espíritus es signo de la fuerza liberadora del Evangelio. ¿Podemos reconocer en nosotros, en nuestro mundo algunos de estos espíritus inmundos? ¿Qué nombre les ponemos? ¿Les damos tanto poder que nos hemos abandonado a ellos? O ¿dejamos que el Evangelio nos vaya transformando y liberando por dentro?

Pero para ello es importante que, como aquellas gentes de entonces, sepamos hacer memoria de todas las cosas buenas que Jesús hacía y sigue haciendo en nuestras vidas, que nos dejemos atraer una y otra vez por él, que le busquemos con todo el corazón intentando tocarlo.... Y ya sabemos cada uno en dónde y en quiénes está Él tan cerca y tan presente.



Hna. María Ferrández Palencia, OP
Congregación Romana de Santo Domingo

San Vicente

San Vicente ha quedado para siempre vinculado a Valencia, aunque su lugar de nacimiento parece que fue la ciudad de Huesca. Es verdad que no disponemos de fuentes precisas para aclarar los comienzos del cristianismo en la ciudad del Turia. Era colonia romana desde mediados del siglo I a.C., y se descubre ya actividad de los cristianos en la región a finales del siglo III; antes parece que no hubo una presencia significativa de comunidades cristianas.

A comienzos del siglo IV y en plena persecución de Diocleciano tuvo lugar el «martirio de San Vicente», uno de los santos del cristianismo antiguo que alcanzó mayor popularidad en todas las épocas. «San Vicente, mártir de Valencia –escribe Ángel Fábrega Grau–, es sin duda uno de los mártires no sólo de España, sino de toda la Iglesia que obtuvo un culto más espléndido y universal desde los tiempos más remotos» (Pasionario Hispánico (siglos VII-XII, Madrid-Barcelona, 1953, T. I, p. 92).

Son varios los datos que tenemos históricamente ciertos. Era diácono de la iglesia Caesaraugustana; fue apresado en esta ciudad de Zaragoza y llevado a la de Valencia en compañía de su obispo, Valero, o Valerio, hacia el 304/305. Puede que el procónsul o juez Daciano la eligiera por el escaso peso específico que tenían todavía en ella los seguidores de Cristo. No se dispone de actas del martirio propiamente proconsulares, es decir, redactadas en el momento mismo del proceso por funcionarios romanos. Su memoria, sin embargo, transmitida al comienzo de forma oral, se recogió después en «pasiones», y de ellas se hicieron eco en sermones y composiciones poéticas. A comienzos del siglo V se conocía ya una «pasión» cuya lectura escuchaba en la liturgia San Agustín y muchos de sus contemporáneos; el aniversario de la muerte se celebraba el 22 de enero. El relato recogía los pormenores de la prisión, proceso, torturas, muerte y ventura que corrió su cadáver; se fecha con toda probabilidad en los últimos años del siglo IV; por tanto, a una distancia de casi cien años de su muerte.

[...] Fue mártir de la particular devoción de San Agustín. En diferentes años predicó en el día de su fiesta y han llegado a nosotros cinco sermones suyos. Contemplaba la victoria total de San Vicente en la persecución, interrogatorio y tortura; venció en la muerte, venció una vez muerto. Su fortaleza la recibió de Cristo, que antes había derramado la sangre por él.

Todo lo superó con la ayuda del Señor –exclama en el sermón 275–, combatiendo en dura lucha contra las asechanzas del antiguo enemigo, contra la crueldad del juez impío, contra los dolores de la carne mortal. «Daba la impresión de ser uno el atormentado y otro el que hablaba. Y efectivamente era otro; el Señor lo había predicho y prometido a sus mártires, diciendo: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros (Mt 10, 20).

[...] ¡Qué belleza de alma tendría aquél hasta cuyo cadáver resultó invicto —escribía en el Sermón 277—. «Dios concede a sus iglesias los cuerpos de los santos no para gloria de los mártires, sino para que se conviertan en lugares de oración». A este propósito podría recordarse la devoción que tenía Santo Domingo a San Vicente, tal como asegura un autor del siglo XIII, Esteban de Salagnac: «El padre Santo (Domingo) visitaba frecuentemente y de buen grado los lugares de oración y los sepulcros de los santos, y no pasaba de largo como nube sin lluvia, sino que allí, en oración, juntaba más de una vez el día con la noche. Con más frecuencia, sin embargo, siempre que se presentaba la ocasión, se retiraba a la villa llamada Castres, en la diócesis de Albí, limítrofe con la de Toulouse. Le movía la reverencia y devoción al santísimo levita Vicente, cuyo cuerpo sin duda alguna se reconoce y es cierto que reposa allí» (L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, Santo Domingo de Guzmán, fuentes para su conocimiento, Madrid, BAC, 1987, p. 693).

Tras la paz constantiniana (313) se trasladó su cuerpo junto a la vía Augusta, a un kilómetro de la ciudad de Valencia; sobre su sepulcro se levantó después una basílica. En su entorno se estableció una comunidad de monjes hispano-romanos. Monasterio y basílica permanecieron durante la época de dominación musulmana. Algunas de sus reliquias se fueron dispersando por diferentes partes de España, Francia e Italia, principalmente. A partir del siglo IX se habla de «traslaciones del cuerpo entre otros lugares, al monasterio benedictino de Castres, en el Languedoc.

Fr. Vito T. Gómez García O.P.